

Un rescate del olvido: Manuel Alberto Woolrich Bejarano

A rescue of forgetfulness: Manuel Alberto Woolrich Bejarano

Lucio Ernesto Maldonado Ojeda

Universidad de Oriente, Puebla
luciomaldonado28@yahoo.com

Para Monserrat Pérez Pérez, “La Moncita”, mi ahijada.

Cómo citar este artículo: Lucio Ernesto Maldonado Ojeda, “Un rescate del olvido: Manuel Alberto Woolrich”, en *Boletín del Archivo General de la Nación*, núm. 1 (enero-abril 2019), pp. 228-233.

Resumen

Se hace una recordación de don Manuel Woolrich Bejarano, uno de los fundadores, junto con su primer director, Juan Luis Mutiozabal, del Centro de Estudios de México Condumex, hoy Carso; donde se desempeñó como catalogador principal en los inicios del quizás mejor archivo particular de México.

Palabras clave: Manuel Woolrich, Centro de Estudios Carso, archivos y bibliotecas especializadas, Historia de México

Abstract

A remembrance is made of Don Manuel Woolrich Bejarano, one of the founders together with his first director, Juan Luis Mutiozabal, of the Mexico Condumex Study Center, today Carso; where he served as the main cataloguer at the beginning of perhaps the best private archive in Mexico.

Keywords: Manuel Woolrich, Carso Studies Center, archives and specialized libraries, History of Mexico

Introducción

Partes sustanciales de la historia de la Ciudad de México se hallan contenidas en su patrimonio inmobiliario y monumental, así como en la documentación que albergan sus archivos y bibliotecas especializadas en el tema. Por igual, se halla consignada en multitud de fuentes impresas de diversos géneros: en libros de memorias y de recuerdos, cuya producción fue notable, particularmente durante el siglo XIX; en las obras de sus novelistas, ya sea en las corrientes romántica, picaresca o realista; en las abundantes crónicas de sus visitantes extranjeros y nacionales, que registraron las impresiones y el conocimiento que adquirieron sobre la ciudad, las cuales se multiplicaron a partir del siglo XVIII. Aunque, sobre todo, buena porción de la historia de esta urbe —la principal ciudad del Nuevo Mundo durante centurias—, quedó asentada en los escritos de sus numerosos cronistas, eruditos e historiadores de varias épocas. Estudiosos de la estatura intelectual de Lucas Alamán, Manuel Orozco y Berra, Joaquín García Icazbalceta, Guillermo Prieto, Antonio García Cubas, José María Marroquí, Edmundo O' Gorman, Salvador Novo, José Luis Martínez y tantos otros, se ocuparon de su pasado prehispánico, colonial o decimonónico. Sin embargo, algunos de sus estudiosos, en lo que se refiere a sus rastros biográficos, permanecen en la oscuridad o son ignorados. En estas páginas se hace una breve semblanza de uno de ellos, cuya vida y quehacer historiográfico en pro del conocimiento de la ciudad es desconocida o no ha sido valorada suficientemente. Nos referimos a don Manuel Woolrich Bejarano, destacado bibliotecario, bibliófilo e historiador, quien desde su arribo a la capital de la República en 1944, procedente de su natal Chiapas, se dedicó por más de 50 años a la trascendente labor de preservar y clasificar el patrimonio bibliográfico y documental de la Ciudad de México, así como al estudio y difusión de su historia, de la cual llegó a convertirse en erudito y amoroso pregonero, mediante la atenta orientación y guía para cuantos lo consultaran al respecto.

Don Manuel Woolrich Bejarano era descendiente de una familia inglesa establecida en el sureste mexicano a principios del siglo XX. Nació en la población de Huixtla, Chiapas, el 7 de marzo de 1913. Alto, blanco, de rostro afilado —lo mismo que las huesudas manos—, presidido por la nariz ligeramente aguileña, que acompañaba al leer de gruesas gafas, detrás de las cuales

se transparentaba su mirada afable al trato; vivaz e inteligente cuando su mente discurría. Remataba su cabeza una amplia calva sólo atemperada por ralos mechones canosos de los costados. Su figura erguida al caminar todavía a sus ochenta y tantos años, arropada en gastados trajes, complementados con el uso anticuado del sombrero y el bastón, fue una presencia habitual en las calles del centro de la ciudad –lugar donde desempeñó el último de sus trabajos–, hasta su muerte ocurrida a fines de 1997.

Su encomienda vocacional por catalogar y clasificar varios de los acervos bibliográficos de la Ciudad de México, la inició en la biblioteca de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, en los años cincuenta del siglo pasado, para continuarla en las bibliotecas del Banco Nacional de Comercio Exterior y del Instituto de Biología de la Universidad Nacional. Sin embargo, fue en el Centro de Estudios de Historia de México de Condumex, dirigido por su fundador, Juan Luis Mutiozabal, donde la labor bibliotecaria de don Manuel adquirió relevancia, pues se encargó de catalogar algunos de los fondos con que cuenta dicha institución; y que lo convierte al día de hoy en uno de los acervos documentales y de impresos de la mayor importancia para la historia del país, bajo su actual denominación y propiedad: el Centro de Estudios de Historia de México Carso.

Pensionado en esta institución de la iniciativa privada, pasó luego a encargarse de la biblioteca del Museo de la Ciudad de México, a mediados de la década de los ochenta. Esta biblioteca estaba conformada con los libros pertenecientes al Antiguo Ayuntamiento de la Ciudad de México, desaparecido en 1928. Por esta razón contenía inestimables colecciones para la historia de la misma. En la actualidad se haya incorporada, en su mayor parte, al Archivo Histórico de la Ciudad de México. Don Manuel, con sapiente dedicación, se encargó de clasificar y catalogar los libros que versan sobre la historia del Derecho español (siglos XVI al XIX); las primeras ediciones de obras fundamentales para la Historia de México debidas a Lucas Alamán, Justo Sierra, Juan Niceto de Zamacois y otros autores; memorias e informes oficiales. No está de más añadir que la propia biblioteca contaba con una extraordinaria colección de bandos de policía, emitidos por el propio Ayuntamiento y otras instancias del gobierno local, que abarca el período de 1821 a 1928, de singular importancia para comprender el desarrollo histórico de la otrora Ciudad de

los Palacios, así como de una pequeña, pero invaluable hemeroteca del siglo XIX y principios del XX, con ejemplares únicos en su género, como el *American Star*, editado por las fuerzas de ocupación norteamericanas entre 1847 y 1848; y una colección casi completa del *Boletín Municipal* publicado por el cuerpo edilicio durante el Porfiriato, entre cosas.

A pesar de las limitaciones presupuestales y carencias bajo las cuales don Manuel Woolrich desempeñó sus actividades en dicha biblioteca —en donde no había dinero para la compra de nada, ni pensar en libros o en algún modesto archivero; vaya ni siquiera para adquirir un solo lápiz—, en su mesa de trabajo no faltaban nunca las novedades editoriales, que mediante diligencia e ingenio se hacía allegar y que compartía con los usuarios y amigos suyos.

Gracias a su erudición historiográfica y calidad humana, así como a la actividad del primer director del Museo de la Ciudad de México, el profesor Federico Hernández Serrano, discípulo del reconocido museógrafo mexicano Fernando Gamboa, el recinto se convirtió en un importante centro de convivencia cultural y social para los habitantes de la Ciudad de México. La impartición de cursos y talleres; y sobre todo la labor de don Manuel como promotor y divulgador de la historia de la ciudad —y de la historia patria en general—, fueron la fuente de inspiración, el despertar de inquietudes, para la realización de investigaciones y estudios de muchos.

Por su formación autodidacta, el ejercicio privilegiado de la memoria y la recordación; una especial disposición espiritual teñida de un halo romántico-nostálgico; así como una auténtica curiosidad intelectual satisfecha en sí misma para la realización de estudios que obedecían a intereses personalísimos y la paciente labor de reunir y acumular datos a través del tiempo, todo esto hacía de don Manuel Woolrich, el típico historiador erudito, paradigmático, el de antes del advenimiento del académico o profesional de la historia; del especialista. Su afición historiográfica la principió en 1930, a la temprana edad de 17 años, con un trabajo intitulado “Efemérides y biografías mexicanas”, publicado en el semanario Chiapas, de la ciudad de Tapachula, al que le sucederían múltiples obras a lo largo de su fructífera existencia, dispersas en publicaciones editadas tanto en su nativa Chiapas, en la capital y otros

lugares de la República, en las que fue patente su querencia por las cosas y la gente de su terruño o región –la “matria”, que diría don Luis González y González–; y por las de su tierra adoptiva, la Ciudad de México, concretizada en opúsculos como “Casos y cosas de Chiapas”, “El Istmo de Tehuantepec” (1945) y “Bibliografía sobre Belice”, aparecidos en revistas chiapanecas entre 1944 y 1946. En el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* le publicaron su “Hidrología” parte III de la Enciclopedia Chiapaneca (1948) y “Notas para una cartografía chiapaneca” (1949). Escribió para el *Boletín de la Biblioteca Nacional* una “Bibliografía de don Emilio Rabasa”, eminente abogado e historiador de origen chiapaneco. Finalmente, en el *Boletín de la Academia Nacional de Historia y Geografía* apareció “El Plan de Chiapa Libre. Movimiento prerrevolucionario de Chiapas” (1960). Dejó inédita una *Bibliografía lingüística chiapaneca*.¹

También escribió sobre algunos de los acontecimientos capitales y acerca de personalidades notables de la Historia Nacional, en donde hizo gala de su poligrafía y su saber acumulado. Algunas de sus obras en este sentido fueron la “Nómina biográfica de patriotas caídos durante la guerra de invasión norteamericana”, publicado en 1946; “Catálogo biográfico de insurgentes mexicanos ignorados”, de 1955; “Notas para una nueva cartografía mexicana” (1960) y “Notas para una bibliografía de don Rafael Heliodoro Valle” que vio la luz en el *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda*, así como una Biobibliografía del doctor Nicolás León, su antecesor en la recopilación y evaluación de libros antiguos, de 1946. Su empresa mayor fue su *Diccionario Enciclopédico de México*, editado en 1968, en el que invirtió muchos años de su vida, y que reúne más de 250,000 fichas sobre los más variados aspectos del país. Dejó además innumerables trabajos inéditos que sería prolijo enumerar.²

Don Manuel Woolrich falleció el 7 de diciembre de 1997. Vayan estas modestas líneas en su recuerdo y homenaje, por su labor historiográfica y

.....
¹ Véase *Enciclopedia de México*, t. xiv, Ciudad de México, Enciclopedia de México, 1996, pp. 8,101-8,102.

² De acuerdo con copia de documento biográfico gentilmente proporcionado a quien esto escribe por su viuda e hijos.

bibliotecaria de medio siglo a favor de la Ciudad de México y de todo el país; a la memoria de quien supo, como pocos, compartir el descubrimiento y fascinación de lo que alguien en una frase afortunada denominó como “la novedad antigua de la Ciudad de México”,³ todavía viva y renovada, para todos los interesados en aventurarse y adentrarse en ella, oculta las más de las veces detrás de la apremiante imagen contemporánea dominada por la inseguridad pública, la incuria y la ordenada anarquía que la abruma en nuestros “esperanzados” días.

.....

³ Epígrafe del libro de Andrés Lira González, *Las comunidades indígenas frente a la Ciudad de México. Tenochtitlan y Tlatelolco, sus pueblos y barrios, 1812-1919*, México, El Colegio de Michoacán-El Colegio de México, 1983.